

cuya meta era el reforzamiento de la institución apoyándose en los sectores reformistas del esclerotizado *Movimiento Nacional*, a la vez que entraba en contacto con los grupos de oposición democrática. A partir de ahí, la reconciliación nacional en el marco de las libertades fundamentales presidirá los afanes de la Monarquía. La Ley para la Reforma democrática, la convocatoria para elegir cortes y el paulatino surgimiento de una nueva legalidad cuya culminación sería la Constitución de 1978 jalonaron el proceso de normalización política española. Como comenta Powell: «Bajo el gobierno del PSOE se consolidarían definitivamente las instituciones democráticas, haciendo innecesaria la intervención directa del monarca en la vida política del país. Por fin, cuatro años después de la aprobación de la Constitución, al Rey le sería permitido comportarse como lo que siempre había deseado ser: el monarca de una monarquía parlamentaria» (págs. 313-314).

En definitiva, y como dijimos antes, una síntesis histórica -que como tal es uno de los trabajos más arduos con los que se puede enfrentar un historiador- de gran envergadura, tanto por la dificultad propia que entraña el análisis de una época tan cercana como por la complejidad del momento.

Tal esfuerzo ha sido premiado con el prestigioso «Espejo de España 1991».

Ricardo M. Martín de la Guardia  
(Universidad de Valladolid)

ERNST JÜNGER, *EL TRABAJADOR. DOMINIO Y FIGURA*, Barcelona, Tusquets Editores, 1990 (349 pp.).

Ernst Jünger continúa siendo, a sus más de noventa años, un personaje controvertido, que suscita sin cesar filias o fobias, como hemos podido comprobar en España, recientemente, al ser nombrado Doctor *Honoris Causa* por la Universidad del País Vasco. Sin embargo, sigue siendo una personalidad poco conocida y, aún, menos leída. Aprovechamos la ocasión que se nos presenta al reseñar uno de sus ensayos más polémicos *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt (El trabajador)*, para invitar a los lectores en general y a los más jóvenes de éstos en particular, a que profundicen en el conocimiento de la literatura -novela y ensayo- del nonagenario escritor alemán.

Ernst Jünger fue, ante todo, un hombre de su tiempo, vivió su juventud como un enamorado de la aventura y del peligro (lo que ya había anunciado Nietzsche al escribir sobre la «vida peligrosa»): se alistó en la «Legión Extranjera» y anduvo por tierras de Marruecos, lo que relató en un libro titulado *Afrikanische Spiele (Juegos africanos)*. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se alistó como voluntario y llegó a ser oficial de infantería, logrando ser condecorado; en el frente vivió algunas de las experiencias más decisivas de su vida que plasmó en uno de sus libros más célebres, *In Stahlgewittern (Tempestades de acero)* escrito en 1920, cuando todavía vestía de uniforme: «Habíamos abandonado las aulas universitarias, los pupitres de las escue-

las, los tableros de los talleres (...) Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera (...) La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío: *Kein schöner Tod ist auf der Welt...* (No hay en el mundo muerte más bella...)». Con el tiempo, publicó *Af den Marmoklennen*, 1939 (*Sobre los acantilados de mármol*), donde relata en clave pesimista y con nostalgia las experiencias vividas. Durante la Segunda Guerra Mundial volvió a ser oficial, y fruto de la experiencia militar publicó, en 1958, *Jahre der Okkupation* (*Diario de guerra y ocupación*). Inmediatamente después del final de la contienda de 1939-1945, Jünger se dirigió «a la juventud de Europa y del mundo» en su célebre tratado sobre *Der Friede* (*La paz*).

Pero si Jünger había sido un hombre de su tiempo, también fue un escritor de su época, del momento histórico que le tocó vivir. Por mor de las simplificaciones, Jünger ha sido -y es- considerado por una parte de la intelectualidad o de los estudiosos en general, como uno de los ideólogos del nacionalsocialismo, lo cual es rechazado por la inmensa mayoría de los pensadores contemporáneos. Jünger fue -y es- ante todo un espíritu independiente, un intelectual comprometido con el mundo que le ha tocado vivir y crítico con todas las formas de gobierno. Su vida ha sido un ejemplo de cómo es posible mantenerse al margen de los oropeles del poder, pero, al mismo tiempo, de cómo es posible reflexionar con libertad y precisión sobre los cambios que se producen en la sociedad.

Fruto de la reflexión sobre los cambios que se estaban produciendo en la sociedad industrial, coincidiendo con la gran crisis de identidad que estaba sufriendo la Alemania de Weimar, fue su ensayo titulado *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt* (*El trabajador. Dominio y figura*), publicado en 1932. Jünger percibe la crisis de valores por la que atraviesa la élite de la sociedad alemana, valores que conformaron el liberalismo democrático y el marxismo socialista, y que han llegado al agotamiento ideológico. Ante esta situación, surge la figura del *trabajador*, el nuevo arquetipo de los tiempos modernos, quien «muy pronto dejó clara su implacable oposición a las valoraciones burguesas y extrajo del sentimiento de esta oposición la fuerza para ejecutar sus movimientos propios», y, al mismo tiempo, rechazará los postulados socialistas porque por *trabajador*, no ha de entenderse «una clase en el sentido en que la concibió la dialéctica revolucionaria del siglo XIX».

A nuevos tiempos, como los que parecen ser los de los años de entreguerras, corresponden nuevos modos de organización: *la democracia de trabajo*, que dará el certificado de defunción a los arruinados órdenes de la masa (socialismo) y del individuo (liberalismo). A este respecto, dirá Jünger: «En el tránsito de la democracia liberal a la democracia de trabajo se efectúa la ruptura por la cual se pasa del *trabajo como modo de vida* al *trabajo como estilo de vida* (...) El relevo de la democracia liberal es definitivo...».

Que los postulados de Jünger no se han cumplido parece claro. Es evidente que, después de la Segunda Guerra Mundial, la democracia (liberal parlamentaria) se regeneró y que pudo extender, más que ningún otro sistema conocido o ideado, los

valores de libertad, progreso y justicia. Sin embargo, a la hora de criticar la construcción intelectual pergeñada por Jünger en su ensayo *El Trabajador*, tengamos presente el momento en que se escribió y el tiempo, y los sucesos, que han ocurrido desde entonces y, así, evitar la «prepotencia de la posteridad».

Parece llegado el momento de avanzar, entre todos, y para la mayor parte de la población, en el camino de la democracia, sin más; reservando ya un lugar de honor en la historia a las alternativas surgidas en el siglo XX -sean segundas o terceras vías- es decir, a la *democracia popular*, de raíz socialista, y a la *democracia orgánica o del trabajo* que pretendiera Ernst Jünger, aunque tengan plena vigencia alguna de sus afirmaciones, y nos veamos perfectamente retratados en ellas: «el nombre mismo, *trabajador*, no puede sugerir sino una actitud que ve en el trabajo su misión propia y, en consecuencia, su libertad».

Guillermo A. Pérez Sánchez  
(Universidad de Valladolid)

FRANÇOIS FEJTÖ, *REQUIEM POR UN IMPERIO DIFUNTO*, Madrid, Mondadori España, S.A., 1990 (384 pp.).

El proceso de aceleración histórico que estamos viviendo desde el año 1989 (y en concreto desde la *noche más hermosa* de la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989) está dejando al descubierto las grandes contradicciones de los últimos ochenta años de la historia de Europa. Con la llamada «primavera del Este» -fin del totalitarismo comunista en los países del centro y del este de Europa, que tuvo lugar entre los años 1989 y 1990- se daba por concluida la *guerra fría* (el conflicto latente entre el Este y el Oeste que presagiaba el holocausto nuclear) y se creía poder pasar, definitivamente, la última página de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, el 2 de agosto de 1990, el ejército de Irak, conforme a los postulados mesiánicos de Saddam Hussein, invadía el pequeño país de Kuwait, uno de los más importantes productores de petróleo del mundo, con lo que se volvía a poner sobre el tapete una cuestión casi olvidada: la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias. No se debe desconocer que, en gran medida, el actual conflicto entre el pueblo palestino y el Estado judío de Israel, se remonta, también, al final de la Gran Guerra y al reparto del Oriente Próximo que dispusieron las potencias Aliadas, especialmente, el Reino Unido de Gran Bretaña y Francia, con la aquiescencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Durante toda la guerra del Golfo, tuvimos ocasión de repasar los viejos manuales y de comprender que, también en aquella ocasión, algo había fallado: la paz nos trajo la Segunda Guerra Mundial, ésta la guerra fría, y el fin de esta última nos acercó al conflicto secular del Próximo Oriente; al que, definitivamente, le puede llegar su hora si las conversaciones de paz fructifican, cosa que todos esperamos.

No obstante nuevos -viejos- conflictos se volvían a plantear, esta vez en el